

La odontología y sus grandes creadores: Clarence E. Kells

Hijo de un célebre dentista, Clarence Edmund Kells nació el 2 de octubre de 1856 en Nueva Orleans. En 1876, terminó su carrera en el Colegio de Odontología de Nueva York, para más tarde regresar a su ciudad natal y ejercer su oficio. Desde muy joven, Kells mostró un gran interés por la invención, de ahí que entre 1880 y 1922 registró 30 patentes, entre ellas el aire comprimido que se utiliza en las operaciones dentales, un retractor labial, un aparato para irrigar agua fría destilada en la pieza de mano, instrumentos para rellenar los conductos radiculares y una bomba de aspiración eléctrica automática, que permite trabajar en campo seco pues aspira los fluidos rápidamente.

Además de innovar técnicamente en la odontología, Clarence E. Kells tuvo una enorme actividad científica, de modo que su legado escrito es abundante. Publicó cerca de 200 artículos en Canadá, Inglaterra, Nueva Zelanda, Australia y Estados Unidos. También escribió el libro titulado *The dentist's own book. A faithful account of the experiences gained during forty-six years of dental practice, including a complete book-keeping and recording system and description of the management of a dental practice*. Se trató de un texto de más de 500 páginas que recogía su sabiduría odontológica obtenida en más de cuatro décadas de práctica. Asimismo, se editó un libro póstumo denominado *Conservation of natural teeth*, de cerca de 300 páginas.

Kells se ganó el reconocimiento de sus colegas, por lo que recibió la medalla –en 1923– de oro “Jarvie de

compañerismo”, de la Sociedad Dental de Nueva York y en 1927 un grupo de dentistas de Nueva Orleans fundó la *C. Edmund Kells memorial library*. Quizá una de

sus aportaciones más significativas corresponda al campo de la radiografía dental. En julio de 1896 –tan sólo ocho meses después del descubrimiento de los rayos X– Clarence dio muestra del uso de las técnicas radiográficas en una reunión de la Southern Dental Association. Su nuevo invento era una máquina radiográfica, la primera en América, que mandó construir para hacer sus propias investigaciones.

El mismo Kells cortaba sus placas de hojas grandes y las envolvía en papel negro, colocándolas en un dique de goma para mantenerlas

secas en la boca. También diseñó un sencillo soporte de películas. En esos tiempos, Clarence era un científico de gran reputación, pero su salud se empezaba a ver deteriorada. Desconocía los efectos dañinos de la radiación,

a la que se exponía constantemente. Cierta día detectó un eritema en sus manos que interpretó como una dermatitis; sin embargo, se trataba de lesiones graves propias de la exposición a los rayos X. Después de 42 operaciones le amputaron un brazo, situación que no pudo superar. No en vano escribió: “preferiría vivir un año con ambas manos que diez sin

una de ellas”. Así, el 7 de mayo de 1928 puso fin a su existencia con una pistola. ∞

